



CUENTOS DE COLOMBINE



Carmen de Burgos



MUNICIPALIDAD DE
LIMA

CARMEN DE BURGOS

CUENTOS DE COLOMBINE



MUNICIPALIDAD DE

LIMA

Carmen de Burgos

Carmen de Burgos, conocida por el seudónimo Colombine, nació el 10 de diciembre de 1867 en Almería, España.

Es considerada la primera periodista profesional en la península ibérica, pues escribió para distintos diarios como *El Globo*, *Diario Universal*, *El Heraldo de Madrid*, *La correspondencia de España* y *ABC*. Además, fue una importante corresponsal en la guerra de Melilla, en 1909, y una destacada activista en lo que corresponde al papel cultural de la mujer en la sociedad. Entre sus novelas destacan *Alucinación* (1905), *La indecisa* (1912), *El perseguidor* (1917), *La mujer fría* (1922) y *Puñal de claveles* (1931). Cabe mencionar que también cultivó el ensayo; algunos de los más importantes son *La mujer en España* (1906), *Confidencias de artistas* (1916) y *El arte de ser mujer. Belleza y perfección* (1922). A lo largo de su vida tradujo a autores notables como Emilio Salgari, Anatole France, León Tolstói, Helen Keller, entre otros. Por otra parte, pese a que perteneció a la Generación del 98, no fue muy bien valorada por la crítica literaria de su tiempo; sin embargo, a manera de homenaje, hoy en día varias calles llevan su nombre y, en el año 2017, la Biblioteca Nacional de España realizó una muestra bibliográfica para conmemorar los 150 años de su nacimiento.

Falleció el 9 de octubre de 1932 en Madrid.

Cuentos de Colombine

Carmen de Burgos

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Christopher Zeceovich Arriaga
Subgerente de Educación

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

María Celeste del Rocío Asurza Matos
Jefa del programa Lima Lee

Editor del programa Lima Lee: José Miguel Juárez Zevallos
Selección de textos: Yesabeth Kelina Muriel Guerrero
Corrección de estilo: Margarita Erení Quintanilla Rodríguez
Diagramación: Leonardo Enrique Collas Alegría
Concepto de portada: Melissa Pérez García

Editado por la Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300, Lima

www.munlima.gob.pe

Lima, 2020

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa Lima Lee, apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

La pandemia del denominado COVID-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección Lima Lee, títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa Lima Lee de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima

POR LAS ÁNIMAS

Había llegado sin saber cómo hasta la estación del Mediodía, después de vagar toda la noche por los desiertos paseos de la Castellana, Recoletos y el Prado.

Se sentía aún la impresión de las sombras barridas por la luz del nuevo día, el ambiente húmedo de la noche, entre el perezoso bostezar de Madrid.

Los primeros rayos del sol, con su luz blanca y suave, esclarecían las copas de los árboles del jardín botánico y del salón, haciéndoles brillar con reflejos cristalinos y esa tonalidad de verde tierno que recuerda el amarillo y el blanco, mientras el ramaje oscuro, negruzco, se mantenía envuelto en los desgarrones de la sombra y los troncos parecían las columnas de una *loggetta* con montera de hojas de cristal. Empezaban a llegar viajeros madrugadores; camiones y carros que paraban junto a la cerrada verja de la estación esperando que fuese hora de abrirla. Un hombre de blusa y pantalón de pana voceaba entre los grupos ofreciendo grotescas cabecitas de cartón: «Toribio, que saca la lengua y menea las orejitas». Algunos viajeros aburridos compraban la antipática figurilla, la cual, merced a un tosco mecanismo, movía

dos cuernecillos y una lengua roja, con el gesto procaz, desvergonzado de los chicuelos que se burlan.

Los trabajadores y hombres del pueblo se agrupaban en torno de una mesilla, cafetería ambulante, donde una buena moza con falda corta de percal y blusa de blancura deslumbradora, despachaba tazas de café o de té hirviente en vasijas colocadas a su derecha. Sobre la mesa la botella de aguardiente, el barrilito de vino, la fuente de buñuelos y de churros ofrecían por cinco o diez céntimos su rica variedad a los compradores. La vendedora, puestos sobre una tabla los pequeños pies para no manchar la albura de sus zapatos, acudía ligera a todas las demandas, incitante con su cabeza lustrosa de rizos negros, los brazos morenos y las caderas redondas y amplias. La manecita regordeta se hundía en el barreño de fregar los vasos, y los agitaba produciendo relampagueos de luces entre sus vidrios y los cristales del agua.

Una sensación de frescura se unía a la de limpieza y olor sano, vaho de lienzos fuertes y jabón moreno escapados al cuerpo de jamona espléndida, incitante, acre y fuerte.

De vez en cuando se abría la puerta para facilitar la entrada a alguno de la casa, a algún empleado soñoliento que procuraría hacer pagar al público el malhumor causado por la necesidad de levantarse temprano.

La verja se abrió al fin, salió el ejército de barrenderos con los escobones de ramaje seco, sujetos al extremo de un largo palo, sobre el hombro, y los que esperaban pudieron penetrar en la estación. Aumentó el bullicio: vibrar de alambre, rechinar de ruedas, golpes de los frenos, tintineo de campanillas, voces y gritos poblaban el aire. El cercano Ministerio de Fomento abrió sus puertas con el chirriar de goznes enmohecidos, propio de todo lo inmovilizado, y los tranvías de Atocha y el Pacífico, los de Embajadores, los cangrejos de la Carrera de San Jerónimo, se cruzaban por todas partes.

Manuel seguía parado junto a la esquina de la verja, mirando sin ver todo aquello, como si su cuerpo sin voluntad estuviera retenido allí por la influencia de la imitación. Una mano que cayó sobre su hombro le produjo un estremecimiento de despertar. Detrás de él un hombre alto, moreno, de ojos dulces y rostro franco, sonreía afectuosamente:

—¿Qué haces aquí a estas horas?

Manuel quiso responderle, pero ni su cerebro coordinó la idea ni los órganos, tantas horas en reposo, hallaron fuerza para modular el sonido.

Su amigo lo miró fijamente: caía el elegante traje gris en descuidados pliegues, como si el cuerpo flácido no tuviese fuerza para sostenerlo; hondas ojeras violeta rodeaban los ojos de azul intenso: el matiz pálido esclarecía el color moreno del rostro; el fino bigote castaño, descuidado, cubría los rasgos fatigados y tristes de la boca correcta y del semblante simpático; un mechón de cabellos revueltos y rebeldes escapaba bajo el sombrero de paja y caía sobre la frente noble acusando la falta de atención en su tocado. Álvaro apreció todos los detalles de un dolor sin ostentaciones, de una desesperación honda, muda, callada, que pretendía dominar.

Le apretó la diestra con interés cariñoso, preguntándole:

—¿Qué es esto? ¿Qué te pasa?

Fue como un sollozo la voz escapada a la garganta de Manuel; estrechó con presión poderosa la mano de

su amigo; se abrió el corazón a la fuente de ternura; se ablandó la rigidez de los músculos contraídos; un rocío de lágrimas iluminó el intenso azul de los ojos, rodeados de círculo violeta, y suspiró apenas:

—¡Álvaro, amigo mío, soy muy desgraciado!...

La inquietud de un afecto sincero se extendió sobre el semblante de Álvaro.

—Renuncio —dijo— a las cosas que hoy me ocupaban; es preciso que yo sepa lo que te sucede. ¿Dónde quieres que vayamos?

Un encogimiento de hombros fue la respuesta...

Álvaro le hizo subir en el tranvía de Atocha, y al llegar a la plaza de Antón Martín, entraron en el café de Zaragoza. La sala, casi desierta, con las persianas caídas y el suelo recién fregado, blancas las mesas, rezumantes de agua las botellas de barro rojo colocadas encima de ellas, ofrecía un aspecto de limpieza y frescura. Dos o tres camareros dormitaban, emperezados por el descanso, junto al mostrador.

Media hora después, ante las copas llenas de dorada cerveza, entre las mutuas protestas de amistad, vencedoras del pudor de hablar de los afectos íntimos, Manuel daba principio al relato de sus dolores, mientras sus ojos grandes, oscuros y sombríos, miraban distraídos el cristalino burbujeo de las ampollas de espuma que se rompían bulliciosas en la copa.

—Sí, amigo mío, sí; la culpa de mi desgracia la tienen las ánimas benditas.

«¡No te asombres! Escúchame. Tú sabes cuánto amaba a mi mujer: mi fe absoluta en ella. Yo, Álvaro, creo en la fe, la condición indispensable del amor. Por eso sin duda las religiones se basan en la fe, en la creencia de lo eterno...

He de decírtelo todo. Los hombres estamos hechos del peor barro, del lodo más impuro... A pesar de mi amor a Amparo..., yo tenía una amante...

El sagrado de mis afectos, de mi consideración, de mi aprecio, eran para el hogar, para la esposa... Las locuras de la fantasía iban a satisfacerse al lado de la otra, aristócrata, elegante, espiritual.

El secreto, la posición social de Matildita (permíteme que oculte su verdadero nombre), su belleza, todo era un encanto para mí. Sentía placer al verla en el mundo rodeada de admiradores, respetada, con pretendientes a su mano; te confesaré que es soltera, hija de un general...

No me creía culpable por tener estos amores; era un rato empleado agradablemente, que en nada perjudicaba a mi esposa... Al contrario, redoblaba mis atenciones para con ella. La infidelidad del marido es siempre provechosa para la mujer, con tal de que ella no lo sepa. El remordimiento de traicionarla nos hace más tiernos, más amantes; la comparación o el recuerdo encienden la pasión, y luego, amigo mío, la mujer propia, protegida por las leyes y las costumbres, tiene en su favor el elemento principal para dominarnos, el invencible: el hábito. Hasta los más rebeldes caen en la celada, final que la costumbre establece en el matrimonio. Se reposa en la casa de las borrascas pasadas; la mujer que no brinda amor, ofrece paz, y ¡somos tan egoístas!... ¡El egoísmo es la fuente de las virtudes de la humanidad!

Un día, Matilde me exigió que todos los domingos primeros de cada mes fuese a verla a las siete de la

mañana en el hotelito alquilado para nuestras citas. Estaba cerca de su casa, pero muy lejos de la mía, en la calle de don Ramón de la Cruz. Tenía necesidad, para ser galante con Matilde, de levantarme a las cinco de la mañana, dejar el lecho suave, perfumado por la piel de mi esposa, romper la cadena de los brazos de Amparo, sin saber qué responder a sus preguntas acerca de mi intempestiva salida; cruzar tan gran distancia; llegar dormitando en un coche, con el estómago disgustado del ayuno, y encontrarla a ella también lánguida, soñolienta, cansada.

El pasado domingo, entre bostezo y bostezo, me atreví a preguntarle el porqué de este capricho.

—Cada vez te amo más y deseo aprovechar las ocasiones de verte —respondió.

—También yo —le dije—, pero podemos elegir otra hora.

—¡Oh! Es que vengo de confesar por las mañanas todos los primeros domingos de mes. Soy Hija de María —objetó con coquetería encantadora, mientras desprendía el velo de la mantilla de encaje ante el espejo,

mostrando, al arquear los brazos sobre la cabeza, un talle esbelto y redondo, que no acusaba, seguramente, virginidad.

—¡De confesar! ¿Y después de confesar vienes aquí?
—pregunté con asombro.

Revoloteaban las manecitas desenguantadas como dos mariposillas blancas, buscando entre los encajes los alfileres que sujetaban el velo. Se detuvieron un instante, y volviendo a medias la cabeza hacia mí, contestó con naturalidad:

—¿Por qué no? El confesor lo sabe...

Sentí un movimiento de repugnancia hacia aquel cinismo y un deseo de curiosidad por penetrar en los misterios de una religión con la que siempre fui tolerante por indiferencia.

Matildita acababa de dejar la mantilla sobre una butaca y su cabeza brillaba con la corona de oro de sus trenzas rubias.

La atraje hacia mí.

—¡Cómo! ¡El confesor sabe esto! ¿Y te lo permite?

—Sí, ya ves... una pasión... no siendo más que una... y sin escándalo... sin mal ejemplo... El padre jesuita sabe que la carne es flaca, débil... Ya lo dijo Cristo... y... ¡se hace cargo de todo!...

—Sí, ¿eh?

—¡Oh! Tú no sabes qué experiencia tienen del mundo esos santos padres jesuitas...

—¡Ya veo, ya veo!... Pero tu padre nada sabe... le engañas...

—Yo no engaño a mi padre —dijo con altivez Matilde—; el confesor me ha dado la fórmula de conciliarlo todo.

Mi curiosidad, despierta por aquellos misterios del confesonario, deseaba ya saberlo todo. Aprisioné entre las mías las manecitas blancas que acababan de plegarse ante el altar de las Hijas de María, y con un beso en las uñas rosadas, le pregunté:

—¿Cómo es eso?

—Muy sencillo... Cuando salgo de casa digo a papá que he de ir a ver a mi tía, a oír misa a San Luis; a comprar a casa de Herce... a varias partes... Ya sabes que vengo aquí..., pero también voy a todos los sitios que he indicado... Yo no engaño a mi padre.

—¿Le cuentas que me has visto? —dije inquieto.

—No, pero le cuento todo lo demás... Esto no es un engaño, es una omisión...

—¡Ya! —exclamé admirado de la sutileza frailuna.

Y como me quedase silencioso, ella añadió con adorable misticismo:

—¡Dios ve los corazones!... Dios ve que te amo y no puedo hacer otra cosa... Dios ve que me sacrifico para alcanzar el perdón de mi culpa...

Estaba próxima a sollozar. La senté sobre mis rodillas y acariciando sus manos marfileñas le dije con forzado acento de amor:

—Vamos, rica, no me ocultes nada. ¿Qué sacrificio te impones para que el confesor te absuelva?...

Coloreó el rubor su delicada piel de rubia y me dijo:

—Papá me da todos los meses doce duros para alfileres; no es mucho para nuestro círculo... y aun he de dar la mitad a las ánimas benditas.

—¡Cómo!...

—Sí; todos los meses, al ir a las Hijas de María, llevo las treinta pesetas para las ánimas, al padre... Ya ves, rico, es justo... Puesto que Dios misericordioso nos perdona por su intercesión... debemos hacer algo por corresponder a su bondad... por el culto... por las pobres ánimas...

La aparté suavemente de mí. Ella, sin fijarse prosiguió:

—Mi sacrificio es relativamente pequeño, mi falta no es grande... Soy libre... soltera... ¡Oh! Si tú vieras las casadas, las que engañan a los maridos..., esas no tienen bastante con lo que pueden economizar de su *toilette*..., necesitan pedir dinero al amante... y hasta al marido mismo...

¿Qué sentí? No sé explicarlo aún. Repugnancia, asco, desprecio de aquella comedia en que la astucia y la ignorancia legitiman el vicio. Pretexté el mal estado de salud y me despedí de Matilde.

Al llegar a mi casa pregunté a Rosina, la doncella, por Amparo.

—La señora ha ido a los Luises, para comulgar con la congregación del Sagrado Corazón —me contestó.

Sentí como un latigazo frío en la médula. ¡Mi mujer también iba todos los meses a comulgar en una iglesia de jesuitas! Sin saber por qué, pensaba en la inocencia del padre de Matilde y me sentí molesto...

Entré en el tocador de Amparo; cada minuto de espera se me hacía más angustioso. ¡Tardaba demasiado! Al fin escuché el ruido del coche en el patio, un ligero cuchicheo y el frou-frou de una falda de seda sobre la alfombra. Amparo pareció sorprendida al verme allí. ¡Era natural! ¡No tenía costumbre de que viniese tan temprano!... Yo era un infame que arrojaba sobre ella el reflejo de mi propia culpa. No tenía derecho a sospechar de la casta compañera de mi vida.

La estreché entre mis brazos; estaba algo pálida de la madrugada y el ayuno, y (preciso es confesarlo) me pareció más bonita que nunca, quizás por el vago temor de perderla. Se colocó delante del espejo y se quitó con lentitud los guantes; después sus manos plateadas empezaron a desprender el velo. Vestía como la otra: de negro y con mantilla. Volví a sentir la mordedura de la desconfianza. Amparo me miraba en el espejo, y en su boca fresca había para mí una sonrisa de ternura. ¿Con qué derecho dudaba de ella?

La enlacé por el talle y la besé apasionadamente... Pero, en el fondo de mi cerebro, había cristalizado una idea.

—¿Dónde has estado? —interrogué a pesar mío.

—En los Luises.

—¿Nada más?

—Y en casa de tía Pepita.

—¿Y después?...

—Aquí...

—¿Nada más?

Me pareció que vacilaba al responder.

—Nada más...

—Recuerda bien...

—Sí; aquí nada más...

—¿A qué hora saliste de casa de tía Pepa?

—A las once.

—Mira... son las doce y cuarto.

—¿Me pides cuenta del empleo de mi tiempo? —dijo altanera y disgustada.

En otra ocasión hubiera desistido, avergonzado de mi interrogatorio; pero los celos me mordían, impulsándome a continuar.

—No —le respondí con amabilidad—; bien sabes que no tengo esa costumbre; pero me llama la atención lo que tú misma dices. ¿Cómo has tardado hora y cuarto desde casa de tía Pepa hasta aquí?

—Porque di la vuelta en el coche por la Castellana y entré un momento a casa de Luisita...

—¿Y por qué no me lo has dicho?

—Temí que te disgustara que te hubiera hecho esperar.

—¿Y por eso me mentías?

—No, no era una mentira; es solo una omisión.

¡La misma frase de la otra!

—¿Es jesuita tu confesor? —pregunté.

—Sí, sí; el padre Gorzones.

Y sin dejarme tiempo de responder, como si deseara variar de conversación, empezó con volubilidad encantadora a hablarme de la esplendidez de la función celebrada aquella mañana. Toda la aristocracia había

asistido. Me iba citando nombres ilustres: marquesas, condesas... Yo iba mientras recordando las historias escandalosas unidas a aquellos nombres y que ella, en su pureza, ignoraba.

—¡Y el sermón! ¡Oh! ¡Qué boca de padre! ¡Cómo lloraban todos! Lo interrumpían los sollozos; hasta los hombres gemían condolidos de los dolores que traspasaron los corazones de Jesús y de María... Les había aconsejado que no leyeran la mala prensa; ella lo había prometido... y acariciándome mimosa añadía:

—Deja la suscripción de *La Correspondencia* de España y toma en su lugar *El Universo*.

Para eludir el compromiso le besé los ojos, que palpitaron con aleteo de palomas asustadas.

—Tengo que hacerte una petición —añadió coqueta y satisfecha.

—¿Qué deseas?

—Necesito... doscientas pesetas...

Las peticiones de este género son frecuentes, y yo las he satisfecho siempre sin titubear y contento de poder hacerlo. Los dispendios de una mujer hermosa que se engalana para nosotros recaen en provecho nuestro.

—¿Para qué las quieres?

Algo confusa por dar cuenta de una cosa a la que no estaba acostumbrada, Amparo me contó que había tenido gastos extraordinarios aquel mes, y no le bastaban las trescientas pesetas asignadas para su tocador.

—¿No das nada para el culto? —le dije. Y como la viera vacilar, añadí sereno— Deseo saberlo todo, no omitas nada.

—Doy a las ánimas...

—¡A las ánimas!...

—Sí; a las benditas almas del Purgatorio...

Pasó por mi cerebro una ola de sangre. Vi un hotel semejante al de la calle de don Ramón de la Cruz, en otra calle cuyo nombre ignoraba, y en aquel hotel

otro hombre desconocido que tenía en los brazos a mi Amparo, mientras yo, tranquilo como el padre de Matilde, trabajaba para ella sin sospechar de su pureza.

Ciego, loco, como si fuera cierta la visión que la imaginación me fingía, rechacé a Amparo con brutalidad, arrojándola contra el ángulo del sofá.

—¡Infame! ¡Infame! —exclamé apretándole los brazos loco de furor—. ¡Tú también!... ¡Tú también pagas a un jesuita, con el dinero del trabajo del hombre a quien traicionas, la absolución de tu pecado!

No puedo describirte la expresión de aquel rostro y de aquellos ojos: terror, sorpresa, miedo... La hubiera matado a no entrar los criados y quitarla de mis manos. ¡Qué escena!...».

Calló, fatigado de la larga y penosa revelación. Su amigo, convencido de que en caracteres como el de Manuel todo consuelo es inútil, murmuró, sin embargo:

—No seas niño; todo eso son quimeras; ninguna prueba cierta acusa a tu esposa. Su conducta es perfectamente natural.

—No te esfuerces en convencerme, amigo mío; todo eso me lo he dicho yo cien veces, pero la duda existe. Sin fe no son posibles el amor y la felicidad... Prefiero el alejamiento a la continua mentira, al disimulo constante, al espionaje de la desconfianza. Mi situación es la del enfermo que prefiere la operación que mata o salva, al sufrimiento de la enfermedad crónica...

Y como si cruel consigo mismo quisiera negarse todo consuelo, añadió con acento desesperado:

—¡Oh! ¡Aquella mirada! ¡Aquella mirada de terror que cuajó en sus ojos!

¿Era de la inocencia sorprendida? ¿Era del criminal descubierto? ¡Quién pudiera ver el fondo del alma a través de unas pupilas!

ALMA DE ARTISTA

I

Selma cambió el sencillo traje de calle por una bata de seda azul, restos de su pasada opulencia.

Con sus zapatitos de raso blanco y su cabellera color de castaña madura, caída en revueltos rizos sobre la espalda, tenía el aspecto delicado y grácil de una niña.

Ángel la miraba tristemente hundida en su butaca, cerca del balcón, en aquel hotelito de la Caleta, donde había ido a buscar el aire del mar y el clima templado de Málaga. Sobre la palidez de cera mate extendida sobre su rostro se destacaba la rizada barba y la nariz aguileña, con esas líneas que caracterizan a la raza semítica. Parecía un Cristo demacrado por el ayuno.

La terrible tisis iba disecándole el cuerpo, una delgadez extrema parecía tallar sus nervios, y su cabellera rizosa caía en bucles sobre la frente tersa y bella. Aun lucía en sus ojos grandes la mirada dominadora del genial tenor que fue aplaudido en el mundo entero; aun sus labios conservaban un gesto de arrogancia.

Selma cogió el cestillo de la costura y se sentó en una sillita baja a los pies del artista.

—Deja eso —dijo él con un gesto de disgusto, señalando la labor.

La joven no contestó y se apresuró a obedecer sonriendo. El brillo de las lágrimas iluminó los ojos del enfermo.

—¡Qué injusto soy, Selma mía! Tienes necesidad de trabajar y te lo impido... Ya no somos ricos.

—No pienses en eso... —dijo ella con voz suave—; no es cosa precisa.

—La vida tiene burlas muy crueles, Selma; los artistas debían morir sin conocer las miserias ni las enfermedades... en plena gloria.

La joven le acarició dulcemente la mano.

—¡Qué buena eres! —siguió él—. ¡Cómo me compadeces!...

—¡Compadecerte! No, Ángel, no pronuncies esa palabra; cuando se compadece no se ama. Amar es admirar.

—¡He estado tan ciego!

—La gloria te deslumbraba... ¡Es tan natural sentirse halagado por el amor de las mujeres y la envidia o la admiración de los hombres!... Eras un dios que se dejaba adorar adorando...

—Y que cruel, como todos los dioses, hacía sufrir a los que me amaban.

—No, no, yo no sufría; me sentía siempre dueña de tu corazón. Aquellas pasiones pasaban y yo continuaba siendo tu confidente, tu compañera... Perdóname, Ángel; yo no he amado en ti al hombre, he amado al genio...

Sin darle tiempo para responder continuó con coquetería encantadora:

—No te niego que he tenido celos, pero unos celos salvajes y extraños; no eran celos de las mujeres..., eran celos de la gloria..., miedo de que te hiciera

traición... Cuando tu cabeza reposaba en mis brazos, yo experimentaba un goce supremo, extrahumano; me sentía orgullosa de acariciar la cabeza donde dormía el genio que asombraba al mundo; deletreaba las ideas grandes a través de tu frente. ¡Ese placer no lo ha sentido ninguna mujer más que yo!... Después, en tu alejamiento, en mi amargura, el recuerdo de tus triunfos inundaba mi alma de una alegría infinita. Estaba segura de que en los momentos más solemnes pensabas en mí, en el alma capaz de comprenderte... Y tu voz querida cantaba en mi oído la canción de la primavera... La canción primera que escuché de tus labios, ¿recuerdas?

¡Oh! Sí recordaba. Veía en su imaginación el teatro de San Carlos de Nápoles, resplandeciente, lleno de luces. Un público apasionado, entendido, que le vitoreaba con entusiasmo, y aquella niña, vestida aún de corto, que se desmayó en su palco al acabar la *Canción de la Primavera*, de Wagner.

Obligado por la cortesía a interesarse por su salud, se conocieron y se amaron. Selma pertenecía a la aristocracia italiana, era huérfana, y el tío que le servía de tutor le hubiera legado una cuantiosa fortuna. Lo abandonó todo

para seguir a su amado: posición, esperanzas, virginidad, belleza, todo le parecía poco para sacrificarlo a su dios. Sufrió junto a él con paciencia su tiranía de hombre y su desamor de artista... Cuando la enfermedad obligó a Ángel a retirarse del teatro, cuando le hirió la amargura de la ingratitud que olvida hoy lo que adoraba ayer, solo Selma permaneció fiel a su lado, admirándolo siempre... Entonces el egoísmo, quizás una justicia tardía, despertó la pasión del artista hacia aquella mujer tan amante y tan desinteresada.

Ángel tenía en Málaga una hermana y un sobrino. En los días de suerte había comprado un hotel en la Caleta, un capricho de millonario que constituía ahora toda su fortuna. Retirado en él con Selma, rechazaba los halagos de la sociedad, que se lo disputaba, y del cariño hipócrita y dulzón de su hermana.

Aquella noche se sentía peor: era una opresión y una angustia extraña. Frecuentes golpes de tos sacudían su cuerpo y una espuma amarilla asomaba a sus labios. Selma, alarmada, le rodeó con sus brazos.

—No te asustes, no temas —dijo él—; has de estar preparada... Esto no puede tardar... Y lo siento... ¡Soy tan feliz ahora! ¡Te amo tanto!

La joven lloraba en silencio.

—La separación será corta —dijo—; te amo como a mi alma, como a mi pensamiento... Yo te seguiré.

—Te creo, Selma mía; pero hemos de pensar en algo que no nos ha preocupado hasta ahora. No estamos casados. Mi hermana es una gazmoña egoísta. ¿Qué será de ti después de mi muerte?

—No me hables de eso...

—Sí, es preciso... Además, quiero dejarte mi nombre... mi última prueba de amor.

Las lágrimas ahogaban la voz de Selma.

—Escucha —siguió Ángel separando dulcemente la cabeza que ella había dejado caer sobre su pecho y acariciando los rizos de acero—, escucha: estas emociones me hacen daño; siéntate al piano y toca el septimino de

Beethoven y la *Canción de la Primavera*, de Wagner, símbolo de nuestras alegrías. Celebremos nuestra fiesta de boda.

Desde donde estaba sentado Ángel no podía descubrir la tierra. La habitación se asemejaba al camarote de un buque. La inmensidad del mar se extendía ante sus ojos, confundiéndose en el horizonte con el cielo azul oscuro claveteado de luceros.

El piano estaba junto al balcón, y sobre aquel fondo la figura de Selma se recortaba de perfil, con los ojos brillantes, sueltos y juguetones los rizos.

La luna dejaba caer sobre ellos su luz macilenta dándoles tonalidades de oro y de acero y envolviendo su silueta en sombras de contornos vagos y misteriosos.

La música de Beethoven resonaba dulcemente con toda su melancólica grandeza. Ángel procuraba apagar la tos que sacudía su pecho, para escuchar con religioso arrobamiento. Su alma de artista se ensanchaba para recoger toda aquella luz, toda aquella poesía del arte, la naturaleza y el amor.

El arrobamiento era tan grande, que en uno de esos gritos de poesía que se exhalan de una frase musical, insostenible por su misma grandeza, Ángel lanzó un gemido de angustia y Selma corrió a su lado preguntándole asustada:

—¿Qué tienes, amor mío?

—¡Oh! ¡Selma, Selma!... no interrumpas estos momentos de sueño y de ventura. Mi alma sigue anhelosa esos sonidos que se engendran y pasan vagando tristemente, como almas que no encuentran un cuerpo en donde encarnar... Por eso la música produce tan honda emoción. ¿Dónde van esos seres que llamamos sonidos? ¿Pasan? ¿Se desvanecen? ¿Mueren? No; son demasiado bellos para perderse así... Yo los sigo, los distingo, los escucho alejarse entre las vibraciones del éter y formar la armonía dulcísima que envuelve el mundo. Los escucho en el silencio del campo en una noche primaveral; forman el fragor de la tempestad y la música de la naturaleza; estallan cascadas de notas en las sonrisas de las flores, en el zumbido imperceptible de los millares de insectos que juegan con los rayos del sol... Selma mía, dentro de nuestras almas viven también esos sonidos misteriosos,

y los oímos cuando un sentimiento grande nos agita. ¿No has escuchado muchas veces melodías en tu alma? Cantos, anhelos, sueños, aspiraciones y heroísmos... Sí; hay países de luz, tierras extrañas, dioses creadores que viven dentro de nosotros. Sin duda son esos seres alados que el genio engendra y que pasan fugaces y breves, pueblan el aire, dan alma al universo y vienen a anidar en nuestra misma alma...

Pálido, con expresión de cansancio, Ángel hablaba lentamente, como si delirase; en su acento había la dulce cadencia de un canto, y sus ojos grandes, muy abiertos, se hundían en el cielo azul, como si quisiera ver los sonidos en un misterioso más allá.

Besó Selma la frente de iluminado del artista, con el corazón angustiado por una impresión dolorosa.

—¿Dónde irá mi alma, Selma mía? ¡No sé, no sé nada ya!... Me parece que ha de volar unida a esas notas; que no morirá si tú haces que la acompañen a regiones de luz... Toca, toca... No te interrumpas más.

Volvió al piano la joven, y una música extraña acarició al moribundo. Los dedos de Selma preludiaban

trozos de obras maestras, mezclados, confundidos... composiciones del momento, quejidos, besos, suspiros, risas, aleteos... Ya eran las notas graves de un Miserere, ya los ecos dulces de un canto de amor; tan pronto resonaban vibrantes y valientes, como canción guerrera, tan pronto tristes, como un lamento de dolor; ora eran enérgicos e inspirados, como una profecía, ora apasionados y dulces, como el acento de la esposa de los Cantares... La voz del enfermo, tan potente otras veces, se unía ahora, ronca y débil, cortada por el estertor y la tos, a la música extraña que le recordaba sus luchas y sus pasiones... el perfume de toda su alma.

Durante una hora el encanto se prolongó; el enfermo, fatigado, cesó de cantar, y una respiración jadeante conmovía su pecho. Selma, asustada, dejó caer las manos sobre el teclado, produciendo un ruido estridente.

—No— suplicó Ángel—; sigue, te lo ruego; déjame morir así, como artista... ¡Dame esa última felicidad!...

La joven vaciló un momento; su corazón latía con fuerza; quería correr y arrodillarse al lado de aquel hombre, su amor, su ilusión, su vida...

—Sigue, te lo ruego— repitió él con voz más débil.

Hizo Selma un esfuerzo violento. Clavó los ojos en el cielo y sus manos empezaron el canto de amor de Tristán e Isolda.

Con el cerebro delirante y el corazón oprimido, escuchaba la respiración cada vez más débil de su amante. Aquel era el último consuelo que podía darle, y la joven repetía la música de Wagner, cuyas notas habían de acompañar, como sublime oración artística, el alma del moribundo.

Hubo un momento en que los dedos de Selma no pudieron seguir, y una nota disorde interrumpió la armonía... Ninguna voz se dejó oír... El maestro ya no protestaba... Horrorizada, se levantó del asiento. Ángel parecía dormido; sus facciones tenían el encanto de un dolor tranquilo, sin contorsiones, como el del Cristo de Velázquez. Selma se inclinó para besar su frente... ¡Una frialdad de mármol le heló los labios!... ¡Su amado había muerto!...

La infeliz abrazó aquel cuerpo querido y quedó desmayada en sus brazos. La luna alumbraba el grupo

de muerte, que parecía un grupo de amor. La labor comenzada por Selma estaba a su lado, el piano abierto, la luna reía juguetona, dibujando franjas de plata en las aguas del mar, que venían a reflejarse en los cristales produciendo suaves espejismos... Todo era allí un canto a la vida...

La naturaleza, piadosa, ocultaba el horror de la muerte.

II

Los carruajes se detenían ante la verja del hotel. Se contaba en la ciudad aquella extraña muerte, y las censuras más acerbas se vertían contra la pobre Selma.

La buena sociedad estaba escandalizada. Aquella mujer, tan atendida en bailes y reuniones, que parecía tan casta y tan buena, no era la mujer del artista. Lo había dejado morir así, amancebado, en pecado mortal, sin avisar a su hermana... Los vecinos habían escuchado sonatas extrañas toda la noche en que agonizó el artista. Ella lo había dejado morir sin los auxilios de los sacramentos, y aun había querido oponerse a que entrara la parroquia en su casa y rezasen el rosario.

Por fortuna, el sobrino del muerto, un chico abogado que se pasaba de listo y tenía sus sospechas acerca del matrimonio de su tío, logró el convencimiento de que no era casado ni dejaba testamento. Selma era una extraña a la que podían arrojar a la calle.

La escena fue terrible: aquella mujer chiquitita, delicada y dulce, se revolvió como una fiera abrazada al cadáver de su amante... El agotamiento de fuerzas la venció al fin. Presa de terrible calentura, la pudieron encerrar en el cuarto de los criados... hasta que la llevaron al hospital.

Doña Dolores y su hijo se instalaron en seguida en el hotel. ¡Lo que habían tenido que arreglar para rezar allí el rosario! ¡Por todas partes pinturas y estatuas desnudas!

—¡Pobre hermano! —sollozaba doña Dolores—; ¡qué desgracia tan grande la suya, por no haber dado con una mujer decente!...

Iban llegando las damas que en otro tiempo solicitaban la amistad de Selma, implacables entonces y contentas de poder humillar a aquella mujer tan bella y tan artista. Era el último día de novenario, y había cierta curiosa ansiedad por saber si era cierto que aquella aventurera marchaba de nuevo a su país. ¡Era tan atractiva, gustaba tanto a los hombres! Muchos hasta se habían atrevido a defenderla hablando de su desinterés y de su generosa improvisación. Algunos la compadecían como si tuviera un dolor sincero. Las mujeres estaban inquietas por su

porvenir... ¡Si aquella perdida pensaría en sustituir al difunto!

La amplia sala del hotel, tan alegre en las pasadas fiestas, tenía un aspecto triste. Faltaban los cuadros de las paredes, dejando al descubierto los huecos que ocuparan; los pedestales no sostenían estatuas y las mesillas estaban sin los juguetes y bibelots que las cubrieron. Corridos los portiers, cerradas las ventanas, a la luz escasa de una lámpara, se iban sentando alrededor de las paredes todos los invitados. Juntas las damas serias, formando un grupo cerca de la puerta las jovencitas, deseosas de ser vistas mejor por los muchachos que se agrupaban en la antesala y cambiar alguna seña, disimulando la loca risa que les producía cuando la solemnidad del rezo era interrumpida por la salida de tono de alguna soñolienta devota.

El testero principal lo ocupaban varios canónigos, amigos de doña Dolores y de las damas de San Vicente que acudían al rezo. Estaba allí toda la aristocracia de la población. La marquesa de Squigram, que entró de niñera en casa de su señor y salió de dueña, consiguiendo casarse con el viejo en su lecho de muerte gracias a la

intercesión de un benévolo canónigo que hablaba todos los días del infierno a la cabecera del enfermo. La alcaldesa, mujer de abultado seno y amplias caderas, cuya madre se había escapado con el cochero de la casa; la señora del maestro, cuya amistad con el cacique conservador no era un misterio para nadie; la del fiscal, que decían miraba con buenos ojos a Pepito Martínez, el abogadito pretencioso en el vestir que protegía su marido; la madre del médico, viuda de tres maridos, y aun con peluca y dientes postizos en busca del cuarto; la cuñada del magistral, que se consolaba de la enfermedad de su esposo con el dueño de la tienda de la esquina; las hijas de confesión de aquellos reverendos padres; Paquita Jiménez, favorecida en exceso con la amistad del obispo; una profesora pedante, que debía su empleo al retiro de los amores de un personaje madrileño; y Juanita Ayuso, una ricacha tonta y chismosa que se gastaba el dinero entre frailes y asociaciones, despótica y egoísta con los pobres, humilde con los santos, por el egoísmo de ganar su pedazo de cielo.

Empezó el rezo. Después del acto de contrición, la voz grave del padre Cervantes dijo con solemnidad: «Primer

misterio», y después de conmemorar un dolor de María empezó con tono acompasado, mecánico, soñoliento:

—Padre nuestro, que estás en los cielos...

—El pan nuestro de cada día... —rezaron los oyentes al final de la primera parte de la oración dominical.

—Dios te salve, María... —continuó el padre, hasta terminar la advocación del ángel.

—Santa María... —ganguearon adormiladas las devotas.

Y volvió a repetirse el «Ave» y contestaron «Santa María» las rezadoras, hasta pasar el primer diez del rosario.

—Dios lo lleve al cielo —dijo al fin el canónigo con el mismo acento mecánico.

—Amén... —contestó la voz indiferente del coro.

Doña Dolores, balanceando entre el sueño la cabeza, creyó llegado el momento de lanzar un ruidoso suspiro

por su hermano, con acento tan falso, que los jovencillos se pellizcaron los brazos para ahogar la risa.

Empezó el segundo diez. Esta vez las devotas rezaban el Ave y el canónigo repetía la deprecación. Muchas se equivocaban, y el cadencioso *ritornello* perdía su ritmo musical. Otras aprovechaban los momentos para charlar.

—Dios te salve, María, llena eres de gracia... (aquí bajando la voz y cambiando de tono). ¿De modo que dice usted que Selma salió del hospital...?

—(Alto). Dios te salve, María... (¿Y es verdad que se embarca?).

—Dios te salve, María, llena...

—(¡Esta noche!)

—(Le ha dado dinero doña Dolores para volver a su tierra).

—Dios te... (¡Qué suerte tiene esa bigarda en dar con gente tan buena!)

—Dios te salve... (Nadie la ha querido recibir ni dar trabajo).

—(¡La muy perdida!)

—(¡Cuando recuerdo que se reunía con mis hijos!)

—Dios lo lleve al cielo.

—Amén.

* * *

El eco de una sirena lejana vino a mezclarse a las preces. Un vapor salía del puerto de Málaga, cortando las aguas con su hélice y dejando sobre ellas una estela de encaje. De pie, junto a la barandilla de popa, una mujer vestida de negro, envuelta en un gran velo de crespón, permanecía rígida, indiferente a cuanto pasaba cerca de ella, absorta en sus pensamientos, mientras contemplaba la ciudad, que parecía agrandarse conforme se alejaba. Se veían los mástiles de los barcos surtos en el puerto como una verja gigantesca, y más allá, las calles, las plazas, paseos y jardines, torres y chimeneas, que se iban esfumando en un plano. Pasaban cerca de la Caleta. El

hotelito de Ángel, situado junto a la orilla, se distinguía a la luz agonizante del crepúsculo con todas las ventanas cerradas... La de la esquina pertenecía a la alcoba mortuoria.

La sirena silbó como una despedida a aquella mansión de amores y de duelos... La mujer infeliz tendió los brazos hacia tierra como si quisiera detener la visión. El velo cayó sobre la espalda y la linda cabeza de Selma brilló con sus reflejos de acero a la luz de las estrellas.

Un sollozo agitó el pecho de la desdichada, que emprendía la dolorosa peregrinación sola, triste, rechazada por los hipócritas que elevaban en aquel momento vanas preces por el hombre que ella supo hacer feliz.

El vapor corría; la costa se borraba; se unían agua y cielo en la obscuridad de la noche... Selma, rígida como la estatua de Niobe, tendido al aire el velo y los rizos de sus cabellos que le azotaban la espalda, la nuca y el rostro, agitó un pañuelo blanco en la obscuridad... Decía adiós a una sombra querida; se despedía para siempre de sus sueños... de sus alegrías... de sus esperanzas...

Ningún saludo contestó al suyo: la brisa de tierra traía el eco de ladridos de los perros de la vega y del tañer de las campanas en los templos católicos... El vapor seguía apartándose de allí, para internarse en las puras regiones del aire y de las aguas... donde no moran los hombres.

EL VIEJO ÍDOLO

Míster Swift estaba pensativo, ensimismado. Hacía ya tres años que dejó a Europa para encargarse de la dirección de una de las compañías que realizaban trabajos de exploración en Colombia.

Eran dos poderosas sociedades inglesas rivales, que merced a contratos celebrados con el gobierno de la república, buscaban de un modo seguro y paciente aquel fabuloso El Dorado, que tanta sangre costó a los arrojados y aventureros conquistadores latinos.

Trataba una de las poderosas compañías de desaguar la laguna de Guatavita, situada en la cima de una montaña, en el antiguo cráter de un volcán.

Era allí donde, según la tradición, los jefes de tribu, los guerreros y los monarcas acudían con sus brillantes comitivas, adornada de plumas la cabeza, cubierto el cuerpo con aceite precioso y polvo de oro, en las fiestas celebradas en honor del Sol.

Arrojaban sus riquezas al fondo de las aguas y se bañaban en aquella laguna sagrada para limpiar sus cuerpos y sus espíritus de todas las impurezas. Como si a igual edad del mundo correspondieran a los hombres

semejantes ideas, aquellos indios simbolizaban en el desprendimiento de las riquezas y en las aguas que limpian de toda mancha una especie de bautismo y de austeridad cristiana.

Pero la opinión respecto al sitio donde se verificaban estos ritos no era unánime. Muchos viejos indios habían contado a sus descendientes que las riquezas no se ofrecían al Sol, sino a Bochica (el principio de todas las cosas), cuyo templo estuvo en lo más alto de los Farallones de Guatavita, enormes rocas de la última estribación de la cordillera oriental de los Andes, y que el hecho de dirigirse las procesiones a la montaña había inducido a creer que las ceremonias tenían lugar en la laguna.

Sin embargo, la tradición de la laguna parecía confirmarse: la compañía que la registraba había encontrado ya numerosas figuras de ídolos en forma de sierpes y dragones, lápidas con inscripciones en una maravillosa tinta negra, esmeraldas y trozos de oro. Sin duda el desagüe daría el resultado apetecido, pues era lógico que los metales y piedras preciosas estuviesen ocultos bajo el fango.

La compañía, que dirigida por m^{is}ter Swift exploraba los Farallones, nada había hallado aún; cada nuevo descubrimiento en la laguna era una probabilidad menos de éxito para ella. El joven ingeniero seguía los trabajos con una fe digna del descubridor del continente, cuyo nombre llevaba aquel estado, pero los trabajadores empezaban a cansarse de la labor estéril entre las grietas y enormes precipicios de la montaña, centinela de la parte civilizada de Colombia, a cuya vertiente oriental se extendía la sabana inmensa de la llanura salvaje e inexplorada, donde rugen las fieras y pasean como soberanas su piel de acero las serpientes. Aún se conservaba allí el país de leyenda: los ríos arrastrando oro en sus arenas y llenos de caimanes; las hordas de indios indómitos, salvajes, señores de la hermosa libertad por la que en vano suspiran los civilizados, esclavos del metal que ellos desprecian, y de leyes que ni necesitan ni conocen.

Los banqueros de Londres empezaban también a cansarse de las continuas demandas de dinero: de seguir así, sería preciso suspender los trabajos... Aquello era la muerte de todos los sueños de riqueza y poderío acariciados por m^{is}ter Swift. Alguien en Europa esperaba

con fe su vuelta, y él quería llegar con los honores del vencedor, no con la humillación del vencido.

Pocos días antes las cosas parecían haber cambiado. En una de las rocas más altas y de más difícil acceso, donde hacían su nido los cóndores, se veían ruinas de un antiguo templo. Era el templo de la leyenda a cuyo pie se abatían las nubes.

Las excavaciones empezaban a dar resultados. Salían de la tierra pedazos de inscripciones, láminas de metal, barritas y polvo de oro en profusión.

¡Hasta algunas esmeraldas! ¿Sería aquel El Dorado famoso? Swift sintió deseos de escarbar él mismo con las manos, de apartar rocas y escombros para ver lo que se escondía en las entrañas de la tierra.

Fue indescriptible la emoción de todos al descubrir la imagen de un antiguo ídolo, enorme, tosco, de granito vulgar y groseramente labrado: parecía más bien una informe mole de piedra. Después de muchos esfuerzos se logró descubrir gran parte de la figura del antiguo ídolo indio y pudo reconocérsele bien. Era Bochica (el principio de todas las cosas), aquel cuyos templos se llenaban de

riquezas. Los exploradores y el joven ingeniero sentían latir sus corazones de codicia y de esperanza. En el hueco que iban descubriendo asomaba la mitad de la piedra en que estaba esculpido el grotesco dios. Era un peñón enorme en figura de elipse; cerca de una de las puntas dos agujeros redondos marcaban los ojos; la boca era una abertura hecha a martillazos y un triángulo formaba la chata nariz.

Más abajo, dos líneas, abiertas en los extremos como hojas de palma, figuraban los brazos y las manos, cruzadas sobre el panzudo vientre; unas ancas en figura de rana, remedaban los pies y las piernas, dándole un vago aspecto de figura humana. Era aquel el ídolo supremo, el que en la semejanza que se observa en todas las teogonías ocupaba para los indios el lugar de Creador, como el Sol era el vivificante.

Si aquel era el templo famoso de la montaña, no estarían lejos los inmensos tesoros de que se hablaba. Swift sentía miedo al pensar en la aparición de aquellas riquezas, en un país desierto, entre hombres mercenarios. Cada uno de ellos pensaría en huir cargado de oro y piedras preciosas, mejor que en seguir trabajando para

la compañía, por grande que fuese la recompensa que se les ofreciera. El oro y la sangre van por regla general siempre juntos; hasta en los ríos que lo arrastran en su corriente toman las aguas color de escarlata. Si aquellos hombres que lo acompañaban sentían el vértigo que rodea al oro de un velo rojo, ¿cómo podría oponerse a sus designios? Sería una víctima ignorada de su lealtad. Ni aun su cadáver aparecería entre aquellos misteriosos precipicios. Quizás le creerían también traidor... El joven ingeniero sentía cubrirse su frente con el sudor frío de la angustia, ante la perspectiva de la aparición de aquellas riquezas tantas veces ansiadas.

Se decidió a solicitar el concurso de las autoridades, y obtuvo del gobernador una guardia de soldados, hijos del país, incapaces de traición, que se trasladaron a los Farallones contentos con la perspectiva de una buena recompensa, y los trabajos continuaron con nuevo impulso.

Aquella noche míster Swift, sentado cerca de la puerta de su tienda, no podía conciliar el sueño. Las nubes, más bajas que la cima de las montañas, se extendían a sus pies como una alfombra de gasas que lo separaba del mundo;

las estrellas brillaban con luz más viva, sin que apagasen su fulgor los vapores de la humedad y de las capas densas de la atmósfera; la vía láctea, vivero de los mundos, partía el intenso azul del cielo con su franja de luz.

Swift se hallaba preocupado, inquieto. ¿Se realizarían sus aspiraciones? ¿Qué mundo de ilusión hacía renacer el descubrimiento del pobre Bochica, el grotesco ídolo de piedra, que representaba la caricatura, la mueca de las religiones muertas!...

¡Él debería adorar a aquel Dios si las realizaba!

Allá en su casita de Glasgow, la figura de Bochica ocuparía el altar de los antiguos dioses lares, en el gabinete azul de una mujer tiernamente amada.

Sentía compasión inmensa por aquel dios cesante, sin culto ni adoradores, símbolo triste de la religión universal, del deseo de esclavitud que hace a los hombres fabricar ídolos.

Pensaba Swift en los dioses que no han muerto, en los que serán eternos: las Venus, los Apolos, los Hércules de mármol encerrados en las salas de los museos, sin culto

ni altares, pero admirados siempre por la belleza de sus formas. Eran hijos de una religión que no anonadaba el espíritu con misterios incomprensibles; de una religión humana, que alzó sobre los altares la hermosura y la fuerza. Casi todas las estatuas célebres habían sido guardadas con amor en las entrañas de la tierra. Recordaba a la divina Afrodita, admirada por él tantas veces en el Museo del Louvre, en el fondo de su gabinete rojo, triunfadora, espléndida e inmortal, incitando a la vida y al amor con la sana belleza de su cuerpo hermoso. Aquella diosa había dormido siglos en la pequeña isla de Melos, para volver a alzarse como soberana de la hermosura, ante la admiración del mundo, vencedora de todo lo sobrenatural y misterioso.

Pero aquel pobre Bochica, ¿para qué resucitaba? ¿No era una ironía de la madre tierra volver a la luz aquel monstruo, aborto de la imaginación de sus hijos?

Lo volvía a la vida para causar la mueca del desdén o la risa. Él no ocuparía siquiera un puesto en los palacios de las Bellas Artes; se le enseñaría como curiosidad en el Museo Británico.

Quizá la Naturaleza lo mostraba soberbia a los hombres para decirles: «Mira qué pequeño les parece lo que sus padres creían grande. Del mismo modo reirán de sus ídolos los siglos venideros. Solo yo soy siempre grande, siempre hermosa, inagotable en mis tesoros, en mis ríos, en mis coronas de flores y de mundos. Solo yo soy digna de ser adorada, porque solo yo soy inmortal, eterna».

Sentía una gran compasión por el ídolo, como si las piedras talladas guardasen el alma de los artistas que les dieron forma. Creía haber visto a las estatuas palpitar con el calor de la mirada de otro artista, circular la sangre bajo su piel de mármol y estremecerse de impaciencia, de deseos, olvidadas en las salas polvorientas. Todo objeto de forma humana es un ser que vive una vida más o menos compleja, pero vive. Se explicaba así el mito de la creación del hombre, recibiendo alma, en la forma de arcilla hecha por un artista perfecto. Se explicaba así también el amor de los niños a las muñecas. ¿Acaso no los amaban ellas? Creía haber visto sonreír a las muñecas al aproximarse los niños que las acariciaban. Sí; la adoración, la súplica, el pensamiento de tanta gente, de generaciones enteras, debió infundir vida y espíritu a los ídolos...

Y seguía compadeciendo al pobre Bochica, muerto entre los escombros de su templo, en la cima de aquella montaña más alta que las nubes, donde solo anidaban los cóndores, y donde el egoísmo y la codicia del hombre iban a turbar el silencio y la soledad. Era el último resto de un culto perdido en la lejanía de los tiempos. Sus adoradores habían sido exterminados: solo quedaba un recuerdo de su memoria, merced a la leyenda deslumbradora de El Dorado...

Lució el sol casi sin crepúsculo, y Swift, cansado de la noche de insomnio, se reunió a la brigada de trabajadores que iban a continuar la excavación.

Al aproximarse a la fosa de Bochica un grito de asombro escapó de todos los labios. ¡La fosa del viejo ídolo estaba cubierta de flores! En la tierra recién movida había huellas de pies descalzos y de cuerpos que se arrastraron como sierpes. Las huellas se perdían hacia la vertiente de los llanos, donde habitaban las tribus de indios salvajes, de hombres libres... ¡Aún se conservaba el culto de aquel dios!

Era conmovedora la figura grotesca, vieja, carcomida, empolvada, que desaparecía bajo la lluvia de flores del

trópico. ¿Cómo habían llegado allí sus adoradores? ¿De qué manera extraña se supo su aparición? Swift miraba supersticioso al dios con su boca rajada, la hendidura de sus ojos y la nariz chata; parecía sonreír contento... como sonreían las muñecas cuando las acariciaba siendo niño.

—¡Oh! —murmuró—. ¡Bochica vive aún! ¡Ningún ídolo muere jamás!... ¿Para qué les forjamos?

Como si su pensamiento fuese entendido por el dios, las rosas de la frente cayeron sobre el pecho, y le pareció ver una expresión de angustia en las facciones de piedra. ¡Pobre ídolo impotente! ¿Sentía el dolor de haber sido creado como nosotros la tristeza de crear?... Y su pensamiento se abismó en el misterio de las cosas...

Los trabajadores, después de inútiles pesquisas, se dirigieron hacia el viejo ídolo para despojarlo de sus adornos. Swift los detuvo con un gesto, ordenándoles continuar en otro lugar la obra. Quedó solo, silencioso, sin separar la mirada de la faz estúpida de Bochica, aún más grotesco entre aquellas flores frescas y lozanas, último tributo de sus adoradores, las cuales, como una oración, elevaban sus perfumes en el aire inmóvil.

“

La luna dejaba caer sobre ellos su luz macilenta dándoles tonalidades de oro y de acero y envolviendo su silueta en sombras de contornos vagos y misteriosos...

Colección
Lima Lee



MUNICIPALIDAD DE

LIMA